

# Urbanidad del obituario

TEXTO: ARMANDO GONZÁLEZ TORRES

Un obituario es la noticia comentada de un deceso reciente y, en el periodismo moderno, tiene la función de documentar las muertes más o menos célebres con una pequeña semblanza que, a menudo, se encarga a amigos o conocidos del difunto. No todos, sin embargo, confían su posteridad a otros y un escritor que admira, convencido de la degradación del obituario en un género venal que permite a muchos advenedizos ganarse unos pesos con el dolor ajeno, ha propuesto a su editor escribir él mismo su necrología por anticipado.

Ciertamente, los géneros funerales de antaño, como la elegía, el treno o el epitafio, respondían a cánones estrictos y tenían la intención catártica o nostálgica de expresar el dolor y mantener, mediante la evocación afectuosa, la presencia del ausente. En el obituario moderno, despojado de su carácter ritual, la situación es más confusa y, dependiendo del redactor, la recordación puede oscilar entre la exaltación marmórea y la falta de tacto. De modo que si bien a veces este género peca de indulgencia y concede automáticamente al muerto una aureola de virtud, talento o probidad, que olvida la esencial ambivalencia de lo humano; también es cierto que, en plumas dolosas o inhábiles, puede ser un pretexto para la expresión del resentimiento, el ajuste de cuentas póstumo o la simple grosería.

Por ejemplo, hace un par de años leí con indignación un obituario sobre un poeta prematuramente muerto, escrito por un colega suyo que se condolía del alcoholismo del difunto, ninguneaba su literatura y su persona y ¡mezquindad de mezquindades! consignaba que la última vez que se habían visto le había prestado para unas copas y el incumplido muerto no había tenido el cuidado de pagarle antes de pasar a mejor vida. Ante estos excesos, y ya que el obituario es un género de indudable nobleza espiritual, conviene evocar algunas reglas de elemental urbanidad para evitar que se convierta en una puñalada postrera a un cadáver. He aquí algunas:

No es válido disfrazar de condolencia una crítica moralista que condene las debilidades del muerto y enaltezca las propias fortalezas.

Es de pésimo gusto referirse a asuntos monetarios o potencialmente denigrantes (“le presté dinero”, “no se bañaba”, “tuve una aventura con su esposa”).

Es posible recordar anécdotas chuscas y entrañables, pero se recomienda no hacerse chistoso a costa del difunto.

Es admisible ensalzar la relación personal, pero no utilizar al difunto como pretexto para hablar únicamente de sí mismo

No se vale aprovechar al muerto para promover alguna consigna política, máxime si éste nunca la sostuvo.

No se recomienda hacer del obituario un mero despliegue de estilo, pues es como subirse a hacer piruetas encima del muerto.

En suma, con veracidad pero también con delicadeza, un obituario debería expresar el significado de la presencia extinguida para los suyos y su comunidad y contribuir, con la palabra solidaria y lenitiva, a aliviar el dolor de la pérdida. Por supuesto, hay personajes cuya infamia vuelve insuficiente la urbanidad y sólo la mentira, ya no piadosa sino flagrante, evitaría la exhibición de sus defectos. Sin embargo, la mayoría de los mortales somos una frágil e inestable combinación de lo bueno y lo malo.

Por eso, para mí un buen obituario es una mininovela realista capaz de recrear la pequeña épica de una vida, convocando a sufrir con sus peripecias y alegrarse con sus triunfos, y capaz de propiciar que, mediante el recuerdo de una existencia profundamente singular, sea posible reconocer la de muchos. •

**ARMANDO GONZÁLEZ TORRES**

**Ciudad de México, 1964. Poeta y ensayista, autor de *Los días prolijos* y *Eso que ilumina el mundo*, entre otros libros.**